

A sepia-toned landscape with trees and a distant figure. The scene is hazy, with a person standing in the distance. The overall tone is historical and atmospheric.

VAL McDERMID

EL CUERPO TATUADO

Es verano en Lake District y, sobre una ladera, una lluvia torrencial descubre un cuerpo extravagantemente tatuado, un cadáver de hace 200 años. Pero eso no es lo único que saldrá a la superficie: de nuevo se empiezan a contar los antiguos relatos entorno a la legendaria masacre de las islas Pitcairn, cuando Fletcher Christian, el primer oficial de a bordo que se amotinó en el infortunado *Bounty*, simuló su propia muerte para regresar a casa en secreto, ¿o quizá no fue así? Jane Gresham, una erudita especialista en William Wordsworth, quiere saber la verdad. Hay rumores persistentes de que el poeta de Lakeland, amigo de la infancia de Christian, dio refugio al fugitivo y convirtieron su relato en un poema épico, un relato que desde entonces ha quedado oculto. Pero a medida que sigue cada nueva pista, la muerte le va pisando los talones. Repentinamente, un misterio de 200 años de antigüedad está poniendo vidas en riesgo. Y contra el telón de fondo dramático del Lake District de Inglaterra, se ejecuta un drama de la vida y la muerte, su premio final, una recompensa.

Para Kelly: mi flor de nieve

*Ay, lector, si almacenaras en tu mente
todo aquello que puede brotar de la callada reflexión,
ay, gentil lector, descubrirías
un relato en cada cosa.*

Simon Lee

WILLIAM WORDSWORTH

EL PRELUDIO

Septiembre de 2005

Todos los paisajes esconden sus propios secretos. El pasado queda enterrado bajo la superficie, capa sobre capa. Rara vez irrecuperable, nos acecha, en espera de que una intervención humana o un accidente meteorológico obligue al esqueleto a traspasar la carne y la piel para retornar al presente. Al igual que la pobreza, el pasado siempre nos acompaña.

Aquel verano, llovió como si Inglaterra hubiese sido transportada al trópico. El agua caía torrencialmente, estragando jardines magníficos, convirtiendo praderas en cenagales donde el ganado, hundido hasta los corvejones en el barro, luchaba por avanzar. Los ríos se desbordaron y sus aguas, súbitamente liberadas, encontraron su propio nivel arrasando todo lo vulnerable que les salía al paso. En las calles inundadas de una aldea antes pintoresca, los coches fueron arrastrados como juguetes y depositados en el puerto, asfixiándolo en un caos de metal retorcido. Los desprendimientos de tierra llenaron los automóviles de lodo y los granjeros lloraron por las cosechas perdidas.

Ninguna parte del país quedó inmune a las cortinas de intensa lluvia. Ciudades y campos pugnaron por igual bajo el peso del agua. En la Región de los Lagos cayó a raudales sobre el páramo alto y los valles, alterando sutilmente los contornos de un paisaje secular. El nivel de agua de los lagos alcanzó cifras récord en verano; la única ventaja discer-

nible fue que el sol, las pocas veces que salió, reveló una vegetación más frondosa que de costumbre.

Por encima de la aldea de Fellhead, en las tierras de Langmere, la arremetida del agua dio nueva forma a la antigua fisonomía de las turberas. Y cuando llegó el otoño, la tierra entregó gradualmente uno de sus secretos mejor guardados.

De lejos, semejaba una lona arrugada y manchada por el agua salobre de la turbera. A primera vista, parecía insignificante; más basura desechada que había aflorado a la superficie. Pero al inspeccionarlo de cerca, salió a la luz algo mucho más escalofriante. Algo que llegaría a nosotros a través de los siglos y traería cambios incluso más profundos que la meteorología.

Mi querido hijo:

Confío en que tú y los niños gocéis de buena salud. Hoy he descubierto algo inquietante escrito de puño y letra de tu padre. Acaso te sorprenda que, pese a la gran confianza que existía entre nosotros, yo desconociera este hecho mientras él vivió, y habría deseado con toda mi alma seguir en la ignorancia. De inmediato entenderás la necesidad de mantenerlo en secreto en vida de tu padre, y él no me dejó instrucción alguna al respecto. Dado que te concierne de cerca y puede ser motivo de más dolor, prefiero dejar en tus manos la decisión de lo que debe hacerse. Te lo haré llegar a través de alguien de confianza. Haz lo que juzgues oportuno.

Tu madre que te quiere.

1

*Ver cómo llovió ese verano
te habría partido el corazón.
La cortina de agua se hacía añicos
y corría por los tejados acanalados
de lúgubres estaciones de ferrocarril.
Y yo esperaba sentada los trenes,
con los pies en los charcos,
destellos de lluvia en el pelo,
pensando en ti a kilómetros de distancia
bajo el sol griego
donde nunca llueve.*

Jane Gresham contempló lo que había escrito y a continuación, de un plumazo impaciente, lo tachó con tal firmeza que el papel se rasgó bajo la plumilla. «Maldito Jake», pensó, indignada. Era una mujer adulta, no una adolescente con mal de amores. Debería haber dejado atrás las divagaciones infrapoéticas hacía mucho tiempo. Al acabar la carrera, tuvo la lucidez necesaria para saber que nunca llegaría a ser poeta. Lo suyo era estudiar la poesía de otros: interpretar su obra, explorar vínculos temáticos en sus versos y desvelar su complejidad a quiénes se hallaban —o eso esperaba— varios pasos por detrás de ella en ese proceso.

—Maldito Jake, maldito —exclamó de viva voz, arrugando la hoja con inquina y tirándola a la papelera. Ese hombre no merecía que malgastara en él su energía intelectual.

Ni que, al pensar en él, sintiera la familiar garra del dolor hundida en el pecho.

Deseosa de alejar el recuerdo de Jake, Jane se volvió hacia los cedés apilados junto al escritorio en la reducida habitación que, según el ayuntamiento, era un dormitorio pero ella llamaba, con una presunción consciente, su «estudio». Repasó los títulos, empezando adrede por el último, buscando algo que no le recordara a su... ¿qué era? ¿Su ex? ¿Su antiguo amante? ¿Su amante en desuso? ¿Quién sabía? Desde luego, ella no tenía ni idea. Y dudaba mucho que él hubiera vuelto a pensar en ella pasada una semana. Maldiciéndose en voz baja, sacó *Murder Ballads* de Nick Cave y lo puso en la unidad de cede de su ordenador. El gruñido lúgubre de la voz del cantante, en perfecta armonía con su ánimo, se convirtió en un antídoto paradójico. A su pesar, Jane descubrió que casi sonreía.

Cogió el libro que intentaba leer antes de que Jake Harnnell irrumpiese en sus pensamientos. Pero al cabo de unos minutos se dio cuenta de lo lejos que se había desviado su atención. De nuevo irritada consigo misma, lo cerró ruidosamente. Las cartas de Wordsworth de 1807 tendrían que esperar.

No había tenido tiempo siquiera de decidir contra qué iba a arremeter a continuación cuando sonó la alarma de su teléfono móvil. Jane, arrugando la frente, consultó su reloj de pulsera y constató que la hora del teléfono era correcta. «Dios mío», pensó. ¿Cómo podían ser ya las once y media? ¿Cómo había pasado la mañana tan deprisa?

—Maldito Jake —repitió.

Se levantó de un salto y apagó el ordenador. Tanto tiempo malgastado pensando en él cuando tenía cosas mejores con las que apasionarse. Cogió el bolso y atravesó la otra habitación. Oficialmente, eso era la sala de estar, pero Jane la usaba también como dormitorio, prefiriendo disponer de un espacio totalmente aparte para trabajar. Así, el resto de su vida quedaba, en comparación, más encajona-

do, pero eso se le antojaba un precio pequeño por el lujo de poder desperdigar sus libros y papeles sin tener que cambiarlos de sitio cada vez que quería comer o dormir.

Tan pequeña era aquella habitación que apenas podía acomodar en ella su espartana existencia. El sofá cama, aunque plegado en ese momento, dominaba el espacio. Contra la pared opuesta, había una mesa adosada y tres sillas debajo. Un soporte sujeto a la pared cerca del techo sostenía un pequeño televisor, y un puf desmadejado ocupaba el rincón contrario. Pero era una habitación alegre, pintada de un suave color verde que le confería un aspecto limpio y claro. En la pared frente al sofá colgaban varias fotografías digitales en color de la Región de los Lagos, ampliadas a tamaño A3 y plastificadas. En el centro del paisaje se veía la granja Gresham, donde su familia se había ganado el pan con grandes esfuerzos desde tiempos inmemoriales. Al margen de lo que ahora hubiera al otro lado de las ventanas del apartamento, Jane despertaba por las mañanas viendo el mundo en el que se había criado, el mundo que aún echaba de menos todos los días en la ciudad.

Se quitó el pantalón de chándal y la sudadera polar para ponerse unos vaqueros negros ajustados y un jersey negro ceñido de cuello en pico que realzaba sus generosos pechos. No era su atuendo preferido, pero sabía por experiencia que lucir sus encantos equivalía a mayores propinas de los clientes. Por suerte, gracias a su piel aceitunada, vestida de negro, no parecía una enferma terminal, y su compañero de trabajo, Harry, le había asegurado que no se la veía tan gorda como se sentía con el jersey ajustado. Tras echar una ojeada al cielo por la ventana, cogió de la percha una cazadora impermeable y se la puso a la vez que se dirigía apresuradamente hacia la puerta. Le traía sin cuidado no ir en absoluto elegante; con semejante aguacero, le preocupaba más llegar al trabajo abrigada y seca.

Como siempre, Jane lanzó una última ojeada al paisaje de la Región de los Lagos antes de adentrarse en un uni-

verso muy distinto. Dudaba que en Fellhead alguien fuera capaz de concebir su actual entorno siquiera en sus peores sueños. Cuando le contó a su madre que el ayuntamiento le había concedido un piso de protección oficial en el complejo de viviendas de la Granja Marshpool, a Judy Gresham se le había iluminado el rostro.

—¡Qué bien, cariño! —había dicho—. No sabía que en Londres también hubiera granjas.

Jane negó con la cabeza en un gesto de divertida exasperación.

—Mamá, no ha habido allí una granja desde los tiempos del rey que rabió. Es un complejo de viviendas protegidas de los años sesenta, todo puro cemento hasta donde alcanza la vista.

A su madre se le cayó el alma a los pies.

—Ah. Bueno, al menos tendrás un techo sobre la cabeza.

Y ahí quedó la cosa. Jane conocía a su madre lo suficiente para saber que no querría enterarse de la verdad: que Jane tenía tan pocos puntos a su favor que el único tipo de vivienda que podía ofrecerle el ayuntamiento era ni más ni menos el que había conseguido. Una caja imposible de alquilar en un complejo dilapidado del East End donde casi nadie tenía un empleo legítimo, donde los niños andaban sueltos noche y día y donde había más condones usados y agujas hipodérmicas que hojas de hierba. No, sin duda Judy Gresham prefería no pensar que su hija vivía en un sitio así. Además, sería un serio obstáculo para alardear de lo bien que le iba a Jane.

Pero Jane sí se lo había contado a su hermano Matthew. Cualquier cosa con tal de atenuar su resentimiento porque era Jane quien había escapado mientras él, según sus propias palabras, se pudría en ese rincón perdido porque alguien tenía que permanecer junto a sus padres. Daba igual si Matthew, como primogénito, había sido el primero en salir del nido para ir a la universidad y decidido luego re-

gresar para trabajar en lo que siempre había deseado. Matthew, pensaba Jane, era un resentido nato.

La ironía era, por supuesto, que Jane habría cambiado Londres por Fellhead sin pensárselo si hubiera tenido la menor posibilidad de dedicarse allí a lo que le gustaba. Pero en la Región de los Lagos no había trabajo para los académicos, ni siquiera para una especialista en Wordsworth como ella. No a menos que deseara sustituir el rigor intelectual y la investigación por las clases a colegiales sobre los poetas de la región. Nada ahogaría más deprisa su pasión por las palabras, y ella lo sabía. Así que, en lugar de eso, vivía atrapada en el peor infierno urbano. Jane bajó la cabeza y hundió la barbilla en el pecho mientras recorría la galería hacia la escalera. Por lo que solo podía explicarse como el capricho malévolo de un arquitecto, el bloque había sido construido de manera que los pasillos canalizaban el viento preponderante, convirtiendo incluso una suave brisa veraniega en un molesto ventarrón. En un día lluvioso de otoño como aquel, arrastraba la lluvia hasta todos los rincones y resquicios del edificio y empapaba la ropa de los residentes que se tomaban la molestia de salir de sus pisos.

Jane entró en el hueco de la escalera y, al quedar a cubierto, tuvo un breve momento de alivio. No tenía sentido siquiera intentar coger el ascensor. Indiferente a las pintadas con faltas de ortografía, la repugnante basura acumulada en los rincones y el hedor a orina y podredumbre, bajó al trote. Al llegar al primer recodo de la escalera, se sobresaltó. Era una imagen que había visto tan a menudo que debería haber estado ya inmunizada, pero cada vez que veía aquel cuerpo menudo precariamente encaramado en posición de loto sobre la estrecha balaustrada de hormigón a tres plantas de altura, le temblaban las rodillas.

—Hola, Jane —saludó la pequeña figura en voz baja.

—Hola, Tenille —respondió Jane, obligándose a sonreír a pesar del susto.

Con temeraria despreocupación, Tenille desplegó las piernas y se dejó caer al húmedo cemento al lado de Jane.

—¿Qué hay? —preguntó la chica de trece años al tiempo que empezaba a caminar junto a ella.

—Lo que hay es que voy a llegar tarde a trabajar si no me doy prisa —contestó Jane, aprovechando el impulso de la fuerza de gravedad para apretar el paso escalera abajo. Tenille no se rezagó, rebotando en sus hombros estrechos las numerosas y largas trenzas.

—Te acompaño —dijo Tenille, moviéndose con un con-toneo arrogante, triste parodia del andar de los aspirantes a gángster que rondaban por el deprimente laberinto del complejo aprendiendo el oficio de sus hermanos mayores, primos y cualquiera capaz de eludir las cárceles el tiempo suficiente para enseñarles.

—Detesto hablar como la típica plasta de mediana edad y clase media, Tenille, pero ¿no deberías estar en el colegio? —Era una frase manida, cuya respuesta Jane ya conocía.

—Los profesores no tienen nada que contarme —dijo Tenille mecánicamente, alargando el paso para mantenerse a la altura de Jane cuando llegaron a la planta baja—. ¿Qué saben de mi vida?

Jane suspiró.

—Estoy harta de oír esa cantinela, Tenille. Eres demasiado lista para conformarte con la mierda que te espera a menos que una buena educación te permita sortearla.

Tenille hundió las manos en los bolsillos de su fina cazadora de imitación piel y levantó los estrechos hombros en actitud defensiva.

—Y una mierda —respondió—. No pienso ser la incubadora de un cabrón. El drama ese de la madre adolescente no está hecho para Tenille.

Atajaron por un pasaje bajo el bloque de pisos y salieron a una calle de doble sentido por donde circulaban los coches a toda velocidad, silbando los neumáticos sobre el

asfalto mojado al dejarse llevar los conductores por la euforia de pasar por fin de segunda a tercera.

—No sé cómo vas a evitarlo a menos que uses el cerebro —contestó Jane con aspereza, manteniéndose alejada del bordillo y las salpicaduras de los vehículos.

—Quiero ser como tú, Jane. —Era un quejumbroso lamento que Jane había oído a Tenille tantas veces que ni podía contarlas.

—Pues ve al colegio —dijo, intentando ocultar su exasperación.

—Detesto las cosas inútiles que nos obligan a hacer —adujo Tenille, y contrajo los labios en una mueca que transformó su rostro, de cuya belleza no era consciente, en una máscara de desprecio—. No es como los libros que tú me das para leer. —Había pasado de la jerga barriobajera a un lenguaje civilizado, como si salir de los confines del complejo de viviendas le permitiese abandonar su personaje para convertirse en persona.

—Seguro que no lo es. Pero tampoco yo he llegado todavía donde me gustaría estar, ya lo sabes. Trabajar a tiempo parcial en bares y aulas de seminario mientras acabo mi libro no es lo que pretendía cuando empecé. Aun así, he tenido que pasar por toda esa mierda para llegar a donde estoy. Y sí, en general he pensado que era una mierda —prosiguió, impidiendo hablar a Tenille. Habría querido ofrecer algo más que tópicos, pero no sabía qué otra cosa podía decir a una huérfana mestiza de trece años que no solo adoraba a Wordsworth, Coleridge, Shelley y De Quincey, sino que además parecía entender el significado de sus textos con una facilidad que Jane había adquirido solo después de una década de concienzudo estudio.

Tenille se hizo a un lado para esquivar una sillita con un niño de cara redonda, las mejillas manchadas de chocolate, un chupete metido en la boca como un tapón concebido para mantener hinchado al pequeño regordete. Empujaba

la silla una muchacha que no parecía mucho mayor que Tenille.

—Yo no conseguiré salir adelante por ese camino, Jane —dijo Tenille con desánimo—. Quizá pueda usar la poesía de otra manera. Ser una rapera como Ms. Dynamite —añadió sin convicción.

Las dos sabían que eso no ocurriría. No a menos que alguien inventara una droga para la autoestima, y Jane pudiera inyectársela en las venas a Tenille antes de que cayese en las garras de la heroína, que por lo visto tenía sedada a la mitad del complejo. Jane se detuvo en la parada de autobús y se volvió hacia Tenille.

—Nadie podrá quitarte las palabras de la cabeza —dijo.

Tenille se toqueteó una uña mordisqueada y fijó la mirada en la acera.

—¿Te crees que no lo sé? —casi gritó—. ¿Cómo coño te crees que sobrevivo?

De pronto giró sobre sus talones y se alejó corriendo por la acera irregular con los elegantes movimientos de una gacela. Desapareció por un callejón, y Jane sintió la ya conocida mezcla de afecto y frustración. No pudo desprenderse de ella durante el trayecto de diez minutos en autobús, y la incomodaba aún cuando abrió de un empujón la puerta del bar de vinos.

Cinco minutos antes de las doce del mediodía, el Viking, bar y brasería, estaba tan vacío que parecía hueco. La madera clara, los cromados y el cristal brillaban todavía bajo los focos halógenos, prueba de que nadie había entrado desde que la mujer de la limpieza acabó su turno. Henry había puesto la banda sonora de *El fin del romance*, de Michael Nyman, y la música de cuerda casi parecía vibrar visiblemente en el aire inmóvil. En veinte minutos, el Viking empezaría a transformarse a medida que los urbanitas se aglomerasen allí, desesperados por engullir tanta comida y bebida como les fuera posible en el breve descanso del mediodía. El aire se cuajaría de conversaciones, calor cor-